

Los edificios entonces habrán llegado á obtener un esplendor y comodidad que ahora parecerían fantásticos. La facilidad de la locomoción dará á las poblaciones otra forma y distribución diversas de las actuales, sin ser necesaria la aglomeración de caseríos que hoy constituyen á las grandes y anti-higiénicas ciudades.

Los mismos trenes ferrocarrileros y los vapores de los mares y ríos, serán verdaderos palacios ambulantes, en los cuales se viajará plácida y seguramente.

Pero, ¿quién podrá vaticinar la distribución de los edificios cuando la avanzada civilización, la asociación universal del trabajo, la identidad de las fortunas y de los goces, la armonía de los placeres honestos y la buena voluntad de los hombres, depurados de las pasiones facticias, hagan practicable la vida de comunidad adunada á la decencia, pureza y decoro de las costumbres?

Lo que puede, sin embargo, preverse, es que los edificios serán extensos y á la vez económicos de terreno, que tendrán salones de exquisito gusto para las reuniones plácidas de los asociados. Que tendrán comedores espléndidos, en los cuales serán servidos mecánicamente los manjares. Que habrá grandes dormitorios para los niños y jóvenes con separación de sexos; que tendrán escuelas y talleres para la instrucción del espíritu, y el cultivo agradable del trabajo en el gremio al cual el edificio pertenece.

Pero también habrá alcobas decentes y respetadas para los matrimonios, con el aislamiento decoroso de la vida conyugal.

La higiene, y sobre todo, la religión providencial, harán de sus jardines, templos. En ellos no habrán árboles inútiles, sino frutales, alineados entre ellos los arbustos floridos y terrazas de pasturajes, en donde pastarán tranquilos é inofensivos los animales domésticos y útiles.

Así los hombres, tendrán la satisfacción y delicia de cumplir en todos los días de su vida sus deberes para con Dios, para con ellos mismos y para con sus mujeres é hijos, en medio del bienestar tranquilo y virtuoso que constituye la virtud y la felicidad.

Tal es el prospecto de la verdadera civilización, cuando los hombres aleccionados por la virtud y la experiencia, hayan desprendido de las pasiones facticias, como lo aconsejan la razón y la esperanza, y como lo exigirá la civilización extendida á toda la humanidad.

Entonces, desembarazada ésta de la desigualdad del nacimiento y la riqueza, hallará: que en vez de leyes bastarán los contratos; en vez de monedas, serán suficientes los cheques dados al trabajo, tanto de los individuos como de las asociaciones; en vez de coerción en contra del mal, habrá la costumbre en todos de obrar bien; en vez de respeto á las jerarquías, habrá el aprecio al trabajo y al talento; en vez de vicios habrá virtudes, y por consecuencia, en vez de las penas de la actual sociedad egoísta, habrá la felicidad de la libertad en la asociación.

La humanidad ya adulta y sabia, estará libre de las quimeras diplomáticas y de todas las diferentes formas de la tiranía. La justicia y el gobierno serán ejercidos por el pueblo y para el pueblo. En vez de autoridades habrá comicios; en vez de guerras habrá arbitrajes; en vez de elecciones habrá plebiscitos; en vez de policías habrá la comun vigilancia; en vez de municipales habrá, ediles; en vez de jueces habrá sólo jurados, y en vez de delinuentes se hallará en los raros casos de desorden, que éste no puede provenir sino de maníacos, á los cuales será necesario tratar como tales para impedir el que hagan daño.

Así es como la humanidad, fortalecida con la pureza de las costumbres, guía-

da por las virtudes providenciales, incapaz por éstas de cometer crímenes, y engrandecido el intuitismo del alma humana con la práctica dulce, sencilla y santa de la religión natural, en la providencialidad. La especie humana, Providencia Terrestre, habrá conquistado la felicidad bajo el metamorfismo de la Naturaleza y la Protección y Amparo de Dios.

PROPOSICION 25.

El hombre tiene asimismo deberes providenciales para con la Naturaleza, descubiertos por los sentidos, la razón y el intuitismo del alma, guías providenciales hacia la felicidad.

DEMOSTRACION.

En todos tiempos ha sentido instintivamente la especie humana simpatía y amor hacia la Naturaleza, el cual, en las épocas primitivas se ha convertido erróneamente en adoración idolátrica.

Hoy mismo, cuando el hombre de las ciudades, acostumbrado á ver siempre las obras de la humanidad en el laberinto de los edificios, sale al campo, respira su aire libre, disfruta de la luz del sol por el día y la vista de la luna y las estrellas, por la noche, sin que las sombras de los caseríos se la obstruyan; cuando descubre el horizonte y el inquieto y dilatado mar en sus confines; cuando mira levantarse lentamente de sus ondas á los astros en el Oriente, ú ocultarse tras ellas hacia el Occidente; cuando escondidas las aves en el ramaje de la vegetación florida, oye al brotar la aurora el canto delicioso con que la saludan; cuando percibe con deleite el grato olor de las plantas aromáticas; cuando ve deslizarse entre ellas á tantos animalillos inofensivos; cuando contempla los primorosos matices, los brillos admirables y las formas armoniosas, que ornamentan las preciosas y ricas cristalizaciones de los fósiles, las admirables y bellísimas flores de los vegetales y las galas sorprendentes de los animales; cuando ve en el plumaje de los pajarillos, en las alas de las mariposas ó en las corazas de los insectos esos tornasoles brillantes, esos cambiantes aterciopelados, que unas veces presentan los fulgores de las piedras preciosas, otras los brillos del oro y de la plata, otras en que ostentan los metales bruñidos detrás de mallas transparentes, y otras en que los colores más puros, brillantes y agradables se presentan, se cambian, se combinan ó se alternan en tornasoles armoniosos; en fin, cuando en medio de todos estos cuadros encantadores desciende de los cielos el rocío del crepúsculo matutino y á la salida del sol produce este astro en las innumerables gotitas de agua que flotan en la atmósfera con los maravillosos reflejos de la luz, el admirable, el grandioso fenómeno del arco-íris, como una espléndida promesa de esperanza, de paz y de felicidad, entonces, en verdad, el hombre siente dilatarse su pecho, respira el entusiasmo de la admiración, se encuentra humilde y pequeño ante la portentosa Naturaleza; un sentimiento dulce de amor lo conduce á tributar á esta cariñosa madre los homenajes filiales, y el deleite de una atracción invencible le hace exclamar arrebatado: ¡cuán sabia, cuán amable y cuán bella es la dulce y universal madre Naturaleza!

Otras veces, contrastando con esos espectáculos de dulzura, de calma y de placer sencillo, se aparecen ante el hombre las escenas grandiosas y á veces aterradoras naturales. Los fenómenos eléctricos é igneos de una tempestad lejana; el ímpetu indomable del huracán: la fuerza vertiginosa de la tromba; los torrentes de agua, que cayendo de los cielos convierten á las nubes en terribles cataratas; la caída misteriosa de la nieve y el granizo; el rodar de los avalanches; el estruendo imponente y á veces aterrador del rayo; las oscilaciones poderosas y destructoras de los terremotos, el levantamiento sublime, á la vez que temible y destructor de montañas, alzándose de los valles, vomitando fuego; las erupciones volcánicas irguiendo sus elevados y potentes conos, arrojando de ellos á lo lejos peñascos encendidos, derramando torrentes de lavas fundidas é incandescentes por sus flancos, y llenando la atmósfera de vapores sulfurosos, de rípios ardientes y de cenizas metálicas; el ímpetu indomable de los vientos que levantan en los mares las montañas líquidas en que convierte sus tranquilas ondas, y en fin, esas fuerzas gigantescas, incontrastables é invencibles de los fenómenos naturales, ante los cuales las más soberbias moles de la industria humana sucumben como simples aglomeraciones de polvo deleznable, y los más poderosos bajeles movidos por el vapor y contruidos con corazas de templado acero, sucumben como leves pajas movedizas al ímpetu tremendo del viento y las olas enfurecidas, tragados por los abismos profundos del Océano. Entónces el hombre, humillado ante la poderosa y terrible Naturaleza, mide con pavor las fuerzas colosales de esta arrogante madre, comprende la pequeñez de sus esfuerzos para combatirla, frecuentemente llora en su impotencia para lograrlo, é instintivamente ocurre al Sér Omnipotente, Padre de la Naturaleza, para que la calme, cuando todos los esfuerzos humanos son ya inútiles y nulos para conseguirlo.

Y si tan dulces ó terribles, tan bellas ó pavorosas, tan sencillas ó sublimes son las escenas naturales en este pequeñísimo globo de la tierra, en este grano de arena flotante en el espacio, ¿cuáles serán los fenómenos grandiosos, portentosos, magníficos, que exhibe en los mundos colosales que circulan en el Orbe? ¿Cómo serán los detalles de las evoluciones del Universo todo? ¿Cuán grande debe ser la magnificencia de la vida metamórfica de la Naturaleza ante la vista de Dios que penetra todos sus arcanos, y ante el hombre acrisolado en la virtud, que por medio de sus esfuerzos providenciales ha logrado elevarse inmortal al seno de la Divinidad Eterna!

En verdad, que al investigar la filosofía en los fenómenos naturales, al contemplar la vida metamórfica de la Naturaleza con todas sus estupendas variantes y sus admirables evoluciones, y al hallar que su variedad maravillosa es, sin embargo, el resultado de tres elementos sencillísimos: *fuerza, inercia y movimiento armónico*; y que estos tres elementos, originadores de esa vida metamórfica no pueden haber sido producidos por la Naturaleza misma, no puede el hombre menos de prosternarse ante el Sér Infinito y Eterno que produjo con sus tres actos creativos los tres elementos naturales, tan sencillos en sí mismos como prodigiosos y múltiples en sus resultados.

Así es como en esta obra queda demostrado que el panteísmo es absurdo é imposible; que la Causa Primera y Suprema es una Providencia Eterna é Inmutable; y que la Naturaleza es una providencia universal y metamórfica.

Empero, está demostrado asimismo, que la humanidad es tambien una providencia terrestre y que la Omnisciencia de Dios se refleja en la inteligencia intrínseca de la Naturaleza, y ésta en la inteligencia humana, engrandecida por

el intuitismo divino; luego el hombre no tiene sólo deberes para con Dios, sino tambien para con la Naturaleza.

Para conocer estos deberes el hombre, necesita observar á la Naturaleza y observarse á sí mismo.

En efecto, esta madre comun es metamórfica, pero ama sus productos, provee á la conservacion y vida de sus creaturas, les da instintos salvadores á todas, y aún á los séres vivientes más efímeros y precarios; endulza su existencia con el placer, la precave con el dolor, y cuando éste es ya inútil, lo elimina del organismo que sucumbe y acelera su fin metamórfico.

Mas como en las evoluciones naturales, por efecto de la complicacion de sus procedimientos, se han producido séres metamórficos inútiles y aún perniciosos, ha creado la Naturaleza al hombre, sancionando Dios á éste con el intuitismo ó inspiracion divina; por lo que resultando ser así la humanidad una providencia terrestre, ella está encomendada de completar y corregir el metamorfismo natural en este planeta.

Hé aquí los deberes humanos, los cuales demostrados ya con respecto á Dios, voy á procurar indicarlos con relacion á la Naturaleza.

El hombre, como por una inspiracion intuitiva tan antigua y universal como la humanidad, se considera á sí mismo como el hijo predilecto de la Naturaleza, y por lo tanto tiene el deber de amarla como á una magnífica y dulce madre; pero este amor no ha de ser estéril; tiene por el contrario que secundarla perfeccionando, hermoseando y puliendo su metamorfismo, multiplicando los séres útiles, extinguiendo los dañinos y embelleciendo el planeta todo con las modificaciones de los trabajos de la Naturaleza y las creaciones del arte y de la industria humana.

Tiene, como ya tengo indicado, que canalizar los rios, que unir los mares, que desecar los pantanos, que comunicar entre sí los continentes y á las islas, que cubrir las arenas desiertas con lagos salúferos, que poblar las montañas con bosques y los valles con sembrados y gramíneas, que hermosear las divisiones de éstos con jardines limítrofes, que cultivar entre ellos los árboles frutales, y en fin, que convertir al planeta en un eden.

El hombre, autorizado por la Naturaleza para usar benignamente de los animales útiles, tiene la obligacion de no sujetar éstos á un trabajo excesivo ni estimularlos á ejecutarlo por medio del dolor y la crueldad; tiene que alimentarlos suficientemente, y reconocer su agradecimiento por medio de sus caricias y las espontáneas labores que ejecuten.

Dotado el hombre de la inteligencia que le da el conocimiento de las fuerzas de la Naturaleza, debe aprovecharse en sus labores con el auxilio de esta buena y poderosa madre, de los fluidos imponderables que ella produce. Así es, que la humanidad, aprovechando el gravido, el calorido, el lumido, el electricido y el magnetido, está en camino de descubrir y utilizar la multitud de fluidos que en ella existen con mayor ó menor potencia y variedad de efectos.

Para usar como alimento de los animales domésticos ó extinguir los perniciosos, debe el hombre evitar toda crueldad ó procedimiento prolongado doloroso. Sobre todo, jamas dar en espectáculo ni convertir en diversion la agonia y dolores de los animales.

Amparada la especie humana por la Naturaleza providencial, debe comprender ella misma la magnitud de su alto destino de providencia terrestre, y por

éste comenzar el hombre por ser su propia providencia, procurándose su libertad con su virtud y su trabajo libre y moderado, robustecer su salud, curarse sus enfermedades, seguro de que con todo esto agrada á la universal y benévola madre, y cumple con los deberes filiales.

Pero sobre todo, comprenda bien las indicaciones de la Naturaleza, jamás se entregue á vicios que la repugnan ni á desórdenes que la envilecen. Haga siempre esfuerzos providenciales para satisfacer virtuosamente las necesidades de la vida, y nunca, nunca, cometa el espantoso crimen contra sí mismo y contra la Naturaleza, del suicidio.

Los deberes del hombre, providencia terrestre, para con la Naturaleza, providencia universal, pueden decirse, como se han dicho, en pocas palabras, pero su ejecución ocupa todos los momentos de la vida humana. Cumpla el hombre con sus deberes para con Dios y para con la Naturaleza, y habrá cumplido para consigo mismo, para con sus semejantes, para con su esposa ó hijos y para con las creaturas inferiores. En retribución, todos serán providenciales para con él, y así adornado con las virtudes, hallará la verdadera felicidad. Q. D. L. P.

COROLARIO.

Algunos hombres, comprendiendo intuitivamente la perfección necesaria de la Divinidad, y no pudiendo conciliarla con los males físicos y morales del mundo, ni con los defectos y pasiones humanas atribuidas en las diversas mitologías al Sér Omnipotente, prefirieron rebajar á éste suponiéndolo metamórfico. ¡Hé aquí el origen del panteísmo con sus contradicciones, con sus arbitrariedades y con sus absurdos!

En esta obra he procurado demostrar la imposibilidad de emanar ni el más mínimo mal del Sér Perfectísimo, así como la imposibilidad de cambio ninguno en El, por ser Inmutable y no estar sujeto á leyes, las que harían necesaria la existencia de otra Causa Suprema Legisladora, lo cual sería una absurda redundancia.

Estos razonamientos, apoyados en todos los fenómenos de la Naturaleza, me han conducido á hallar en ella al sér metamórfico dotado de libre albedrío y por consecuencia, susceptible de errores, los que para ser corregidos y eliminarse el mal sobre la tierra, ha sido necesaria sobre el planeta una providencia correctora del mal y productora de los bienes que aun aquí faltan; y hé ahí el destino de la humanidad, hé ahí sus deberes para con la Naturaleza.

Si el mal aún subsiste, cúlpese la humanidad á sí misma, pues en vez de remediar los males naturales, los ha aumentado con la guerra y los funestos resultados de las pasiones facticias.

Ya he indicado en esta obra los medios necesarios para que la humanidad cumpla con sus deberes de providencia terrestre. Para esto tiene todos los elementos precisos en sí misma; pero si no los aprovechase, si fuese tan rebelde á las indicaciones del instinto divino de su espíritu, y tan ciega ante las manifestaciones de la Naturaleza, esta madre metamórfica produciría otros seres más perfectos y providenciales que los hombres, y éstos vendrían á extinguirse en el planeta.

¡Empero, me cabe la grata esperanza de que la humanidad sabrá cumplir con sus deberes, aprovechando sus elementos físicos y morales, perfeccionándose y perfeccionando la tierra, perpetuándose en ésta como providencia! -

PROPOSICION 27.

El alma es inmortal; mas la conciencia en la vida póstuma, es el resultado de las virtudes como premio ó de los crímenes como castigo.

DEMOSTRACION.

Ya tengo demostrado en diversas páginas de esta obra que la materia es inerte, y por lo tanto, que la inteligencia es el alma, es la cosa misma que la fuerza elemental.

Asimismo he demostrado que la acción de la fuerza como alma, sobre la inercia como materia, producen el movimiento ó sea la vida universal en la cual armonizan las vidas especiales de los astros, como simples modificaciones de la vida del Universo.

También he demostrado que armonizando con la vida universal y con la de los astros, se han producido en cada uno de éstos multitud de vidas especiales, constituyendo los seres fósiles, vegetales y animales, en un visible progreso de perfeccionamiento, como nos lo atestiguan en la tierra la geología y la Historia Natural con todas sus ramificaciones científicas.

Del mismo modo he demostrado que en el metamorfismo de los individuos de cada especie hay dos evoluciones que se titulan: fecundación y nacimiento la una, y muerte ó destrucción la otra. Que en la primera hay el fenómeno de la vida ó alma, que se apropia de la materia y la organiza; y en el segundo la mutación y extinción del organismo, quedando desunidas el alma y la materia que lo componían, y pasando el alma al alma universal y la materia á la materia del Universo para construir nuevas armonías específicas ó almas, y nuevos elementos metamórficos ó materia orgánica, y bajo la influencia de nuevas almas, nuevos organismos.

Por lo tanto: así como la materia es indestructible en definitiva, de un modo semejante las fuerzas ó almas, aunque semiperceptibles, son inmortales en su íntima sustancia. No hay, pues, destrucción, con la muerte de ninguno de los seres, y sólo hay en ella un cambio metamórfico de la Naturaleza, que aprovecha la fuerza vital y la materia corpórea del organismo que sucumbe para producir otro ú otros organismos.

Ahí está la manera de formarse y destruirse todos los seres inferiores al hombre. ¡Pero podremos decir que lo mismo acontece con éste?

Creo que no, en general; y voy á exponer los motivos filosóficos en que fundo mi fé.

En los minerales la materia por sí misma (como toda la materia en el Universo) es inerte; pero impulsadas las esférides ó átomos primitivos esféricos, por las fuerzas exteriores que dan origen á la cohesión, según las resultantes armónicas de estas fuerzas, sobrevienen los grupos de esférides ó políedros

armoniosos de éstos, constituyendo los átomos secundarios ó químicos, cuya estructura es tanto más difícil de descomponerse, cuanto más armoniosa es la adaptación morfológica de las esférides que constituyen el agrupamiento complementario de cada poliedro y de los poliedros entre sí.

En las combinaciones binarias, ternarias ó cuaternarias de los elementos químicos, hay los fenómenos morfológicos de formas compuestas, en que por lo común asumen resultantes armoniosas constituyendo los cristales á uno, dos ó más ejes de cristalización. Por consecuencia, en dichas combinaciones cabe el introducir otros elementos químicos modificando solamente las formas del compuesto armonioso, ó cabe la sustitución de un elemento químico poco armonizable con el conjunto, por otro más adaptable en la forma, resultando una evolución en la cual hay los fenómenos imponderables y ponderables, resultantes de la transformación morfológica, á cuyos fenómenos se ha dado el nombre de afinidades químicas, en las cuales hay evidentemente evoluciones de la fuerza, muchas veces poderosas, súbitas ó incontrastables, como sucede en las detonaciones de la nitro-glicerina, en la dinamita, y con mayor ó menor energía en todos los fulminatos.

Así, pues, hasta en la materia inorgánica hay vida, hay la acción de la fuerza inteligente sobre la materia inerte; pero en ella la inteligencia metamórfica de la Naturaleza permanece latente hasta que otras fuerzas y otras formas rompen el equilibrio existente, se producen las evoluciones de las afinidades químicas, y por ellas resultan nuevas formas atomísticas y un equilibrio nuevo, más ó ménos estable.

De este modo en las evoluciones de la materia inorgánica cabe la reforma morfológica de los compuestos químicos, y por consecuencia, la reforma armónica de las fuerzas que los actúan, ó cabe también la disyunción de los elementos químicos hasta reasumir la materia el estado primitivo de los átomos simples ó esférides, pasando éstas á la materia universal y las fuerzas al alma universal, cuyos dos elementos constituyen al fluido asimismo universal Armónico. Así es como á una evolución metamórfica puede titularse muerte, aun en la materia inorgánica; porque por muerte puede comprenderse la extinción de un compuesto con la producción morfológica de otro compuesto, ó el retorno de sus elementos al elemento primitivo Armónico, sin que la fuerza especial del compuesto extinguido conserve ninguna señal, recuerdo ni conciencia del compuesto morfológico que ha dejado de existir.

En la vida vegetal sucede una cosa semejante, aunque en los vegetales como seres organizados, es diversa la acción, colocación y evolución de la fuerza elemental.

En efecto, todo vegetal es necesariamente el resultado de un gérmen, bien sea éste inmediato como una célula, un esporo ó una semilla, ó bien mediato, como una raíz, un retoño ó un acodo, pero siempre existen en el gérmen las armonías específicas de las fuerzas respectivas combinadas con los elementos materiales idóneos; aquellas constituyen el alma ó fuerza vital, y éstos la materia necesaria para el desarrollo y asimilación de ambos principios elementales de la vida.

Pero en los vegetales las fuerzas específicas que los actúan, ya no son sólo exteriores produciendo la cohesión, armonía y afinidades químicas como en los minerales, pues las fuerzas en la vegetación actúan á ésta interior y exteriormente, siendo ya verdaderas almas específicas que obrando en consonancia con

el alma inteligente del Universo, de la cual emanan, tienen las tendencias siguientes:

1.^a Conservar latente la fuerza específica en el gérmen en espera de circunstancias idóneas para el desarrollo de su vida.

2.^a Fijar en tierra propicia ó en lugar adecuado sus raíces, para utilizar la humedad y los imponderables convenientes para su nutrición y desarrollo.

3.^a Crecer hasta donde se lo permite su capacidad específica, asimilándose los elementos materiales y reformando éstos morfológicamente para hacerlos idóneos específicamente á la intrínseca manera de su vida.

4.^a Florecer con la aplicación de las fuerzas armoniosas preparatorias específicas del nuevo gérmen.

5.^a Germinar, concentrándose en centros específicos las fuerzas armoniosas en unión de los materiales idóneos, constituyendo gérmenes idénticos al productor del vegetal orgánico generador, produciéndose así el círculo vital en las generaciones metamórficas, en las cuales la longevidad es una de las circunstancias especiales de las diferencias específicas de la vida en cada diferente especie vegetal.

6.^a La menor actividad de la vida metamórfica de los vegetales con relación á la de los animales, hace que la longevidad relativa de aquellos sea mayor que la de éstos.

7.^a Por la misma causa, los cadáveres de los vegetales hacen que se conserve una parte de su composición orgánica, como por ejemplo la madera, mucho más tiempo que aquel que en igualdad de circunstancias se conservan los restos de los organismos animales, exceptuándose á los fosfatos de calcio, constituyendo los huesos, y sobre todo al marfil, comparables sin embargo, al box, al ébano y otros hidrocarburos vegetales.

En la vida vegetal se comienza á ver más palpablemente la influencia del alma inteligente del Universo constituyendo la coarmonía intrínseca con el alma individual de cada uno de los vegetales.

En efecto, la vida del gérmen, es decir, las flores y semillas, es tan distinta de la vida del organismo del vegetal progenitor; los fenómenos de la floración, con sus formas armoniosas, bellas, regulares é idénticas, ó cercanamente tales, en sus brillantes y hermosos colores, en el número y forma de sus pétalos, estambres y pistilos; la variada adaptación de sus cálices y frutos para disponer, madurar, conservar, conducir, expeler ó dispersar las semillas; la variedad también asombrosa de éstas, y sin embargo, tan constante en sus cualidades intrínsecas, que por una semilla se deduce al vegetal que la ha producido, y vice-versa, por el vegetal se deduce las flores y semillas que debe producir; en fin, los instintos tan perceptibles de las plantas, ya aisladas, ya trepadoras, así como la multitud de peculiaridades de su vida individual, obligan al filósofo á concluir con que un orden é inteligencia admirables presiden la vida vegetal; pero como esta inteligencia no reside en ninguna de sus partes como centro de una conciencia, es indispensable que la multitud variadísima de los vegetales deba sus instintos, su vida, sus evoluciones, su incremento, su floración, fructificación y reproducción á la consciente inteligencia de la Naturaleza, que presta el alma vital é inteligente á cada individuo del orden vegetal, que le ministra los elementos de su vida orgánica, y que cuando ese organismo llega á ser insostenible, recibe el alma universal á la fuerza vital que lo animaba, y pasan sus elementos materiales á la materia que igualmente los circunda.

Así es cómo se demuestra la inteligencia, actividad y energía de la fuerza elemental, alma del Universo; la Naturaleza metamórfica, providencia universal, creación inmediata de la Providencia Eterna é Infinita.

Pero no es sólo á la vida mineral y vegetal á la que provee el metamorfismo inteligente de la Naturaleza. Igualmente preside, dirige, produce, incrementa, reproduce y extingue á su tiempo la vida de los animales.

Estos, en las clases más elaboradas, especialmente en las especies superiores de la mammalia, se distinguen de los vegetales en que no están adheridos al suelo; en que tienen órganos locomotores; en que poseen un sistema digestivo de los materiales nutritivos; otro sistema circulatorio de los humores resultantes de la digestión y oxidación; otro de la permuta de un fluido imponderable *sui generis*; organismos especiales para la reforma útil y adecuada del humor general circulante; y por último, órganos reproductores y un centro sensorio, receptáculo de las sensaciones, emisor de la voluntad y depositario de la conciencia individual, por el tiempo en que permanecen incólumes las funciones de la vida específica.

Empero, los instintos emanados del alma universal, no es sólo en los vegetales en donde se manifiestan; ellos se perciben también de un modo inequívoco en los animales, desde la vida ovípara ó la interuterina en los fetos, tan distinta de la vida independiente y espontánea del animal joven y el adulto, hasta en su incremento, reproducción y decrepitud.

En efecto, se percibe que en todos los animales los fenómenos de su vida y acciones son por lo común instintivos. En muy pocas de las especies se perciben los rudimentos de la inteligencia y libre albedrío, y aun éstos, bien observado, se ve que están dirigidos á la comodidad, conveniencia y placer de la vida material, por lo que es preciso concluir que su vida es un fenómeno metamórfico, y que en su muerte pasa su alma ó fuerza vital al alma universal; así como la materia á la materia ya inorgánica ó ya organizada, para continuar; tanto los elementos activos como los inertes, produciendo nuevos fenómenos metamórficos, y en ellos manifestando el progreso de la creación metamórfica de la Naturaleza hacia los fines previstos por la Omnisciencia del Creador.

Empero, en la especie humana vemos un orden intelectual distinto, por lo que se echan de ver dos fenómenos diferentes en la vida del hombre.

El uno es el orgánico, en el cual el hombre, aunque en la cúspide de la escala vital tiene, sin embargo, órganos, necesidades, instintos y pasiones semejantes á las de los brutos; y por consecuencia, si en la escuela de la vida se detuviese en el ejercicio exclusivo de esa clase de tendencias materiales, su alma en la muerte del organismo pasaría como la de los animales, al alma universal á formar fuerzas organizadoras de semejantes ó nuevos seres, así como sus materiales á la materia inerte, orgánica é inorgánica.

Tal es el fenómeno hombre como animal; procurará dar ahora á conocer al hombre como providencia.

En muchas de las páginas de esta obra, la escuela inductiva y narrativa me ha obligado á proponer y demostrar que el alma humana posee una cualidad superior, exclusiva de su especie, á la que he dado el nombre de intuitismo ó instinto espiritual.

Por el intuitismo el hombre se eleva á razonar acerca de Dios y de la Naturaleza ontológicamente, y halla que el primero es la Providencia Eterna y que la segunda es la providencia universal.

El intuitismo conduce al razonamiento y más adelante encuentra la suprapercipible verdad: que la Providencia Eterna ha creado á la universal, haciendo á ésta metamórfica para la producción de los mundos y para que pueble á éstos de seres vivientes en busca de creaturas inteligentes, buenas y providenciales, dignas de gozar de la gloria de Dios y de la felicidad de la Naturaleza.

Esta en la tierra, después de muchos ensayos biológicos, ha logrado la producción del hombre, y Dios ha inspirado á éste las virtudes providenciales, sin obligarlo á ellas fatalmente, dejándole la libertad de albedrío para que por sí mismo las deduzca, las conozca y practique; y hé aquí el intuitismo cuyo origen divino hace del hombre un ser superior á todos los producidos por la Naturaleza.

Y así es cómo el intuitismo resulta ser un instinto del espíritu humano, tan superior á los instintos corpóreos que emanan de la Naturaleza, que el hombre se eleva aun á pedir cuenta y hasta á corregir al metamorfismo de la Naturaleza misma.

Pero como el intuitismo deja al hombre en libertad para acatarlo ó repelerlo, ese instinto del espíritu es cultivable, educable y perfectible en el hombre que lo acata; mas también es degenerable y aun extingible en el que lo desecha y desprecia.

Por los instintos corpóreos el hombre es el hijo de la Naturaleza, mas por el intuitismo es el hijo de Dios.

Por los primeros es el hombre egoísta, y por lo tanto, cruel y ávido de placeres materiales; en suma, es el animal más poderoso sobre la tierra, y por esto susceptible de abusar de tal manera de sus facultades, que resulta á veces ser la más terrible de las fieras.

Por el intuitismo acatado, por el contrario, es el hombre dulce, bondadoso y poseedor de las virtudes, llega á ser eminentemente providencial y se afirma en las cualidades morales que lo constituyen hijo divino de Dios, y Este, como amoroso Padre, hace á su hijo adoptivo el práctico profesor de la virtud, le da el carácter de providencia terrestre y lo llama en la inmortalidad á disfrutar de su eterna gloria.

Una vez llegados á estas conclusiones, hallamos en el hombre tres graduaciones á las cuales puede llegar según el uso que haga de su libre albedrío.

En el primer grado, el hombre por el acatamiento del intuitismo de su espíritu, se afirma en el glorioso título de hijo de Dios con el ejercicio de la virtud: es la providencia terrestre.

En el segundo caso el hombre no pasa de la categoría de los animales egoístas y sensualistas, faltos de creencias y de virtudes; es el indiferente.

En el tercer grado el hombre es la fiera, es el malvado, es el criminal, falto de verdadera creencia: es el atea.

Desde luego se percibe que para estos tres grados existen también tres resultados: Para el primer grado debe haber premio, para el tercero castigo, mas para el segundo ni lo uno ni lo otro.

Pero siendo propiedades del alma espiritual las virtudes ó las faltas, es inconcuso que la responsable de la conducta de la vida es el alma, por ser ella la fuerza, la inteligencia, y por lo tanto la virtuosa, la indiferente ó la criminal. Aquí sobreviene una consideración de primer orden.

Siendo Dios la Providencia Eterna, el Ser Perfectísimo, el Supremo Bien en sí mismo, es imposible suponerlo origen directo ni indirecto del mal, por lo

que no puede ser Dios el que castiga. Luego, ¿de dónde viene el castigo de los vicios y los crímenes?

Esta objeción se resuelve profundizando analíticamente en las cualidades intrínsecas del alma humana.

En ésta es el intuitismo la cualidad moral, la inteligencia divina, la inmortalidad en sí misma, el instinto del bien providencial; pero el alma, como libre para acatar ó desear el intuitismo, si prefiere lo segundo queda reducida á la condición de las almas naturales, sin la esencia divina que la hace inmortal, y por consecuencia en la muerte del organismo corpóreo, pasa como en la de los animales, la materia á la materia, y el alma, aunque inmortal como todas las almas, pierde la conciencia del bien ó del mal obrado en la vida, y entra al alma universal á promover la vida de nuevos séres, á veces conservando las armonías del sér humano para emprender de nuevo la vida del hombre en busca de corrección y perfeccionamiento.

En efecto, las almas específicas, según las armonías de las fuerzas que las constituyen, mientras estas armonías subsisten, el alma de un hombre sólo puede animar á otro hombre, así como la de un elefante á otro elefante. Por lo que en la muerte del hombre, si su alma no ha perdido absolutamente el intuitismo divino, permanece con la aptitud moral, aunque sin los recuerdos de la conciencia, y pasa á animar á otro hombre para emprender nueva vida, con la aptitud intrínseca de reforma libre y espontánea, la cual puede dirigirse de nuevo al bien ó al mal, aunque al fin de los tiempos, todas las sucesivas reformas habrán llegado al bien.

Las almas de los creyentes de buena fé de todas las religiones, como sus errores no fueron voluntarios, renacerán de nuevo á la vida, acaso muchas y repetidas veces, con los elementos intuitivos en busca de la verdad.

Pero como el atea deseche por completo el intuitismo de su alma, ésta pierde en lo absoluto el instinto divino y queda reducida á las condiciones del alma de los brutos, y por consecuencia sujeta al metamorfismo natural.

Así es como el ateísmo es el suicidio de la conciencia individual: es la renuncia deliberada, comprendida aún en la vida del atea, á la creencia y la influencia intuitiva del Sér Supremo, de la moral providencial y de la inmortalidad individual, aún cuando sea probo y benéfico, porque la beneficencia sin la creencia en su origen divino pierde su mayor mérito.

Peró hay en la vida humana almas que por diferentes causas llegan á ser depravadas, se entregan á los desórdenes, á los vicios y aún á los crímenes, muchas veces sin prescindir de lo que llaman creencias y que en los malvados sólo es la hipocresía. Estas almas, en la muerte del organismo, cuando ya libres de las influencias corpóreas, hallan la verdad moral é intrínseca, ven claramente el mal que han obrado, la inteligencia se convierte en ellas en remordimiento, se consideran á sí mismas indignas de volver á la vida humana, y permanecen por más ó ménos tiempo bajo la influencia de los remordimientos, según su gravedad, hasta que éstos se amortiguan, y el alma entónces purgada queda ya sin pena y pasa como la de los animales al alma universal del metamorfismo.

Así es como hay una multitud de graduaciones en el castigo, que bien puede llamarse intrínseco del alma, sin que sea necesario idear el tártaro, ni en el géñio verdugos. Las almas inteligentes, en ellas mismas, trasforman su propia inteligencia en pena, más ó ménos durable, pero jamas eterna; porque siempre,

siempre el castigo intrínseco del alma misma debe ser, y en efecto es, proporcional exactamente á los crímenes cometidos.

Mas, ¿cuál es el mayor de estos crímenes? Sin duda es aquel en que no sólo desecha el alma el intuitismo ó instinto espiritual, sino también los instintos corpóreos naturales; aquel en que el espíritu rompe todas las ligas que le unen con Dios, con la moral y con la Naturaleza. ¡Este crimen horrible es el suicidio deliberado, cuando no es efecto de la locura! ¡Ay de los suicidas! ¡Ellos permanecerán por largo tiempo acongojados con los motivos y dolores del suicidio, ántes de pasar el alma á la del universo metamórfico como las de los animales!

Empero, así como hay castigos y penas intrínsecas en el alma humana, del mismo modo hay premios y gloria en ella misma, cuando ha acatado, perfeccionado y cultivado el intuitismo de su espíritu, obedeciendo á este instinto espiritual, indicador de la verdad intrínseca en la manera esencial de su sér, con el ejercicio moral y la virtud *siempre del bien*. Purificada, embellecida y afirmada la conciencia del hombre con la creencia sincera de la adorada Providencia Eterna, Dios; así como en la amada providencia universal, la Naturaleza, y en la respetada providencia terrestre, la humanidad; acatando la unidad del bien en las leyes divinas, las naturales y las morales humanas, la conciencia sentirá en sí misma por el perfeccionamiento de su intuitismo, en una existencia indestructible, divina, inmortal, una gloria semejante á la de Dios; conocerá á éste y á la Naturaleza, y disfrutará del doble y eternamente bello, glorioso é interesante espectáculo del Creador con todos sus atributos divinos, y de la Creación con todos sus hermosos detalles naturales.

Así es cómo el hombre divinizado con las virtudes providenciales: la Conviencia, la Justicia, el Amor, la Misericordia y la Providencialidad, hallará en la existencia temporal, como elementos de su espíritu, la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, la Solidaridad y la Felicidad, cual ornamentos preciosos de la vida corpórea, así como realidades gloriosas de la conciencia eterna en la vida del espíritu, en la perdurable bienaventuranza.

Y así, en fin, en la reunión de los mundos para la construcción del paraíso final, las almas acrisoladas en la virtud serán las que animen á los hombres inmortalmente vivientes, sin distinción de sexos, ya allí innecesarios.

Así es cómo á los buenos les aguarda la felicidad temporal de la Naturaleza y la perdurable gloria de Dios.

El Sér Supremo resolvió impartir su gloria á séres que le debieran á El la existencia y la inteligencia, pero cuyo mérito dependiese de ellos mismos.

Así es cómo Dios, constituido en Providencia Divina, Ejecutor Infinito del bien, sin la más mínima mezcla del mal, es la Unidad moral absoluta, es el principio inmutable del Eterno Bien, es el Sér comprensible, tanto á la razon humana, cuanto al instinto espiritual del alma.

De este modo, La Providencia Infinita creó á la Naturaleza con los tres actos creativos detallados en diversas partes de esta obra, y por ellos la Naturaleza resultó metamórfica, activa, inteligente y providencial; resultó ser la providencia universal, la unidad de la creacion, la unidad de la inteligencia creada, la unidad de las almas providenciales, la unidad de la fuerza inteligente.

Dios pudo crear desde un principio séres inmortales y gloriosos, pero éstos lo habrían sido de una manera fatal, por lo que Dios en su Infinita Omniscencia resolvió la creacion de séres libres y variadísimos que por sí mismos lo buscasen, lo hallasen y lo amasen, y hé aquí el origen del libre albedrío existente aún en la misma Naturaleza metamórfica, por lo que no siendo ésta como Dios, infalible y perfecta, es susceptible de error, y por lo tanto del mal.

Para eliminar á éste del planeta terrestre, produjo el metamorfismo de la Naturaleza á un sér providencial en la tierra, así como debe haber producido séres semejantes en los demas núcleos celestes que se hallen en circunstancias adecuadas.

Y hé ahí la humanidad, providencia terrestre.

Y hé ahí el hombre, providencia individual.

Hé ahí la unidad moral; la unidad de la Providencia, que originada por el Sér Inmutable en sí mismo, desciende al sér metamórfico en el Universo, así como al sér colectivo en la tierra, y finalmente, al hombre providencial.

Hé ahí la fórmula absoluta de la moral, sentida en el hombre como emanada de un Origen Eterno Divino: *Ejercer siempre el bien y jamás el mal.*

Este principio inherente en el intuitismo del alma humana, existe y existirá en ella, sin que sean capaces de extinguirlo en la humanidad los crímenes sociales ni individuales, ni las aberraciones dogmáticas ni aún el mismo ateísmo. El instinto espiritual podrá extinguirse en algunos hombres, pero jamás en el género humano.

Siendo el principio absoluto de la moral una cualidad sentida para todos los hombres, él es el origen de las sociedades; y estimulándolos individualmente, así como á la humanidad en masa, tiene ésta que remediar sus errores, que corregir sus faltas y que perfeccionarse moralmente, obteniendo la felicidad individual y colectiva que sólo puede alcanzarse con la mútua práctica providencial del bien.

Y así es como debe llegar infaliblemente la felicidad en un tiempo más ó ménos remoto, porque el destino del hombre providencia, es sinónimo de moral y de feliz, y tarde ó temprano vencerá el género humano las resistencias que hoy se oponen con las pasiones facticias al cumplimiento de ese grandioso, divino y sublime destino.

En el cumplimiento de éste están cifradas la felicidad temporal y la bienaventuranza eterna, y hácia ellas se dirige el progreso del género humano moral y materialmente.

Más, paralelo con ese progreso, se desarrolla el metamórfico de la creacion hácia la estabilidad.

EPÍLOGO.

Quando con un raciocinio severo y despreocupado se busca el principio necesario de todo lo existente, sólo lo hallamos en una Causa Primera: en un Sér Supremo necesariamente existente por sí mismo y en sí mismo.

Mas no se suspende aquí la induccion filosófica, pues por ellas deducimos que el Supremo Sér es Eterno é Infinito; es un Espíritu Puro, y por lo tanto carente de materia en lo absoluto; condiciones precisas de la Infinitud y la Eternidad, porque ésta por su misma manera de ser carece de límites, y por lo tanto de sustancias corpóreas y de formas, y así como no tuvo principio es imposible que tenga fin.

De este modo, el Espíritu Eterno é Infinito es necesariamente Esencial, cuya palabra indica un Sér Omnipotente, Omnisciente y distinto de todos los séres limitados, el cual debe tener atributos supremos; pero como es inanalizable para la reducida inteligencia humana, ésta se ve obligada á prescindir de los razonamientos acerca de los detalles de los atributos divinos, mas á su conjunto le da un título comprensible; los llama: *La Perfeccion Absoluta, reunion necesaria de todas las perfecciones posibles.*

Hasta aquí llega el raciocinio acerca de Dios, por ser el Eterno é Infinito, Supraperceptible. Para conocerlo más detalladamente, el hombre ya no tiene inteligencia sino sentimiento, ya no basta la razon filosófica y es necesario el intuitismo, es decir: el instinto espiritual y reverente del alma humana, el cual existe en todos los hombres; pero como éstos son libres para acatarlo, reformarlo, disminuirlo y aún extinguirlo, resulta que la humanidad ha ideado sectas, dogmas y mitologías muy variadas, en cuyas producciones de la fantasia ha creído tan profundamente que se han hecho y aún se hacen en el género humano orígenes de guerras, de ódios y de matanza.

Yo, en esta obra, apoyado en el análisis de lo perceptible y de lo semiperceptible, así como guiado por el intuitismo, creo haber dado un avance progresivo hácia el conocimiento de lo imperceptible y lo supraperceptible.

Deducida debidamente la perfeccion absoluta del Sér Necesario y Supremo, ¿qué objeto ó qué motivo ha podido inducirlo á constituirse en Creador, es decir: en Causa Primera de todas las cosas, cuando como Perfectísimo no necesita de nada para su existencia ni para su gloria, siendo éstas intrínsecas en su mismo Sér?

La consecuencia es lógica y precisa.

Como fundamento filosófico y como deducción lógica de la observación profunda de los seres perceptibles y semiperceptibles, he establecido la teoría, que creo ya ampliamente demostrada en esta obra, de que la Naturaleza metamórfica fué creada por la Providencia Eterna en tres actos de su Omnipotencia Omnisciente.

En el primer acto creó la fuerza espiritual inteligente, el alma univérsal, el principio activo y armonioso, la unidad absoluta de la vida.

En el acto segundo, por la oposición diametral de las fuerzas, resultó la inercia constituyendo á las esféricas ó átomos primitivos, todos idénticos, esféricos, inertes é inalterables, y por las proporciones morfológicas fundamentales quedó la esfera del Universo dividida armoniosamente en dos partes iguales. La primera, siendo la fuerza ó alma univérsal, activa, inteligente y poderosa. La segunda es la materia inerte, elemental é inalterable.

En el tercer acto determinó el movimiento perpetuo, la acción metamórfica de la fuerza sobre la inercia, la vida univérsal y progresiva, desarrollada por ella misma hácia los fines sublimes y providenciales del Creador.

Una vez determinado el metamorfismo de la Naturaleza, ésta produjo sucesivamente los soles, los planetas, satélites y cometas, dando origen al lumínido, al gravídico, al calorídico, al electrídico, al magnetídico y á la multitud de imponderables, cuyas armonías astronómicas produjeron y producen las variadísimas almas específicas, ocasionando los minerales, los vegetales y los animales metamórficos.

Así es cómo la Naturaleza ha conducido el progreso de la creación metamórfica hácia el perfeccionamiento y estabilidad final á donde se encamina, y cuya manera de ser ya percibimos en el Universo con la vía láctea, y en la tierra con las evoluciones geológicas y orgánicas.

En efecto, al mismo tiempo que los astros se van poblando de la portentosa variedad de seres minerales, vegetales y animales; á la vez que aparecen las especies providenciales, y que éstas traen á sus diversos núcleos el perfeccionamiento relativo, moral y material, las leyes del metamorfismo de la Naturaleza, previstas y establecidas por el Creador, conducen la inmensa variedad y multitud de los astros á la Unidad final y estable, con la construcción de un sólo perfecto, inmutable y magnífico astro, objeto de Dios y trabajo final de la Naturaleza.

La forma del astro final ya se percibe que será la anular, es decir: aquella que presenta mayor superficie y que por esto exhibirá en mayor escala los elementos inorgánicos y organizados que contenga ya vivientes, y ya en el estado de fósiles ó restos conservados.

Así es cómo en el período final del metamorfismo de la Naturaleza, esta afanosa y universal madre, presentará al Creador las maravillas estupendas y variadísimas de la creación como en un museo univérsal indestructible, digno del reino directo de Dios.

En el astro final, como único, ya no habrá fluidos imponderables opuestos ni corrientes contrarias.

El diástole y sistole univérsal sostendrá al astro final estable é inmóvil, de una manera perdurable.

En él, el gravídico y el calorídico perfectamente compensados, y generándose mutuamente de una manera perenne, producirán un perpetuo equilibrio y una temperatura constante.

No teniendo el astro final ecuador ni polos, ni estando ya influido por nin-

gun otro núcleo, sus condiciones climatológicas invariables, serán las mismas en toda su superficie.

No existiendo ya ninguna evolución metamórfica, la vida en él será inmortal.

Los minerales y fósiles serán bellos é instructivos.

Los vegetales perpetuamente floridos y fructíferos.

Los animales perennemente jóvenes é inofensivos.

El placer será univérsal, permanente y variado, sin tendencias abusivas de ninguna clase, sin enfermedades, dolores ni necesidades.

Porque no habiendo ya precisión de alimento ni pérdida de fuerzas, no habrá reproducción, decadencia ni muerte.

Los sentidos todos disfrutarán un deleite continuo.

La vista gozará de perspectivas deliciosas; el oído de las más perfectas armonías de la música vocal é instrumental.

El olfato, de los más gratos aromas de las plantas.

El gusto, de la simpatía de los sabores frutales, derivados de la vista y el olfato, sin necesidad de comer materialmente los frutos.

Y el tacto, rectificando los placeres de la vista y del oído, producirá la refinación del gusto en las tranquilas aguas.

En el astro final, en medio de la perfección de los goces sin la contrariedad de mal ninguno.

En la apoteosis de la Naturaleza.

En la vida inmortal y deliciosa de los seres.

Llegará el premio de los buenos y la regeneración de los que hubieren sido malos.

Las almas inteligentes y providenciales animarán á los diversos seres, de más en más perfectos individualmente, según la magnitud de su armonía y merecimiento.

Allí permanente, eterna, con el colmo del progreso material y moral en la perfección á que la Naturaleza se conduce, se hallará la gloria univérsal de todas las creaturas en que se halla transformado el universo metamórfico.

Y habrá llegado el directo reinado de la Eterna é Infinita Providencia, impartiendo su gloria perdurable á las creaturas providenciales que en la vida supieron imitarla.

He terminado mi obra y en ella he emitido con frecuencia inducciones, deducciones y conclusiones genéricas acerca de lo perceptible, lo semiperceptible, lo imperceptible y lo suprapercptible; no cual inspiraciones proféticas, sino como consecuencias filosóficas, deduciendo sencillamente de lo conocido lo incógnito; del pasado y presente el futuro; del metamorfismo la estabilidad, y por las transformaciones de la Naturaleza, *El Plan Divino y los Fines Gloriosos de la Infinita y Eterna Providencia.*

FIN.